

vasta planicie alfombrada de yerba, puesto ante la majestad de las rugosas montañas y bajo el divino dosel del firmamento. Caminaba sin prisa, satisfecho de la placidez del paisaje. En el portón del Asilo Chapuí se detuvo unos minutos a ver los efectos de la luz tamizándose en las frondas del parque, y siguió luego su camino. Un grupo atravesaba a pie la calle, en dirección a la otra acera. El grupo se componía de tres personas: Felicia, la prima y Alfredo, que también paseaban. Luis los vió, y tras ellos se le fué la cabeza.

—Podría acercarme; mas si ya la avecilla salió de la jaula en que voluntariamente se preservaba, que vuele sin peligro de halcones domesticados. No me hace falta compañía, me basto. Y luego.... que Alfredo.... Pero éste no está en su lugar. ¿Quién le ha permitido acompañar a Felicia? ¿Por qué no está con Marta, que es su novia y que debe de esperarlo? ¡Buena la hace paseando con otras! ¡Ah, si no entretuviese a Marta....ella podría casarse con Carlos que la quiere, y cómo! Pero ya Alfredo le sorbió el seso a mi pobre hermana.... Por lo que veo, ese grupito pasea contento. ¡Cómo rien, qué alegres van!.... Detendré el paso, y a la zaga observaré mejor.... Pero a mí qué me importa. Va a creer Felicia que voy aquí por ella, y eso no me conviene. ¡Hola, lluvia tenemos! Abriré el paraguas. Dicen que cuando hace sol y llueve se casa la hija del Diablo; pero hoy le cogió tarde. Um.... A quien le va a coger tarde es a mí.... Apura el agua, se oscurece el día.... Arrecia, se van a empujar. Debo ser cortés: les ofreceré mi paraguas. Corro a la otra acera.... Muy buenas tardes, señoritas. Sírvase, Felicia, tener la bondad de aceptar este paraguas; a su primita la tapará Alfredo. Le ruego aceptarlo, que me apena muchísimo que ustedes vayan a mojarse. Esto no pasará pronto.

Felicia, levemente pálida, pensan-

do por cuán poca cosa se apenaba Luis, y mayores lo dejaban frío, contestó:

—Gracias, gracias, acepté ya el de Alfredo. A nosotros nos apenaría más que usted se mojara.... Y no perdamos aquí el tiempo porque entonces sí nos caerá todo el chaparrón. Hizo un mohín de despecho y dió media vuelta.

De vergüenza, Luis vió girar en torno suyo la calle, los árboles y los edificios; lanzó una mirada cortante de odio a su rival, saludó solamente con el sombrero y adelinó a su casa.

Alfredo soportó la mirada amenazadora, y una sonrisa que el desprecio de la joven al otro provocó en sus labios, quiso por discreción ocultarla volviéndose de lado; y atribuyó el desaire a que su persona despertaba interés; y en su ardiente anhelo y fatuidad creyó llegado el instante de declarar fervorosamente su amor y de recibir el galardón.

Luis no dejó de comprender lo merecido del desprecio; sin embargo la cólera le ahogaba. Repasó en la mente lo que tocante a Alfredo sabía, por cerciorarse de que el maltratado ratoncillo se le escapaba y de que él era un gato lerdo y remolón, mientras otros felinos velaban. Sabía que su rival, de regreso de la hacienda, en donde moró un par de meses o más, enterado de que Felicia no tenía galán, tanteó serlo, con mal éxito en un principio; pero que desplegando astucia y tenacidad, últimamente, por las tardes, y a veces hasta de noche, en el mismo lugar donde para él se deslizaron en otro tiempo horas dulces, Alfredo disfrutaba de favorable acogida. Esos fueron los chismes que meses atrás, afanosas le soplaron al oído amigas de Felicia, y que nunca creyó; mas ahora ya no dudaba de ellos y menos del carácter voluble y antojadizo de la mujer. La prueba le pareció que no podía ser más evidente.

Alfredo habitaba en la vecindad de Felicia y nunca fué insensible a